

LOS HOMBRES SIN RISA

(Cuento)

Por FELIX FERRER GIMENO

—No, no saldrás de esas cenizas.

—¿Quién eres?

—Poca cosa. Polvo de polvo. ¿Todavía no conoces la canción de la muerte?

—No, no quiero aprenderla. No quiero conocerla...

—Empieza así: “Joven, no florecerás. Sobre las tumbas vuelan murciélagos...”

—¡Calla! No deseo oirla. Déjame...

—Tu carne se pudre en el foso...

Por el contraluz de la ventana entró el primer rayo de sol de la mañana. Pablo se despertó sobresaltado. ¿Qué voces le habían hablado? Sí, era una pesadilla. Empezó a palparse el pecho, los brazos. Respiró hondo. Vivía...

Pablo, desde hacía un tiempo, era hipersensible. Se angustiaba cuando no encontraba comprensión.

Pertenecía a esa humanidad que parece no tener futuro y donde la resignación es lo único que queda. Seres marginados, prisioneros de muros siniestros. Hombres sin risa, arrasados por el vendaval de un mundo hostil, con mañanas grises y amor violado. Hombres sin historia, que nacen y mueren en cada instante. El pulso, agitado,

le golpeaba en las venas como si la sangre saliera a borbotones huyendo de algo que le atenazaba y ahogaba. Por un momento pensó en la oficina siniestra donde había vivido como en una cloaca, en los hombres ratas que le habían torturado. Mientras pensaba, contemplaba la habitación vieja y abandonada, con olor de basura, que se le metía dentro. Cerró los ojos. La canción de la muerte, como un susurro, le rozaba el alma. Abrió la boca hambrienta, de hombre en paro. ¿Por qué estaba ahí, indolente, desesperado? ¿Por haberse rebelado, quizá, contra la furia de unos hombres que se habían adueñado de su vida? Tal vez. Ahora sólo le quedaba su soledad y la habitación raída por el tiempo y la miseria. La vida le había zarandeado. Ya no tenía ganas de luchar, de enfrentarse a esa terrible semilla de los hombres herramientas, con ojos abiertos para la traición, sumisos en las lealtades a un ente abstracto, que no comprendía, pero que estaba ahí, desafiante... Pablo quiso invocar a un Dios que buscaba, que dormía, sin saberlo, en el fondo de su ser. Ese Dios que había conocido de niño. ¿Podría salvarle en su angustia, en el encuentro de un mundo ahora roto, despellejado? ¿Dónde estaba esa solidaridad que tanto había oído hablar? Una voz llegada de lejos interrumpió sus pensamientos.

—Aquí le dejo la leche. No habrá más si no me paga...

—Bien, bien...—gritó—.

Se levantó y recogió de la puerta la pequeña botella de leche.

Luego, desperezándose, se contempló en el espejo. Había envejecido prematuramente.

—Soy ya un espectro. Qué más da beber o no un poco de leche.

La respiración le jadeaba. Fuera, en la calle, la vieja calle de la gran ciudad, unos altavoces convocaban a los hombres como él para que se unieran. Volvió a meterse en la cama. Sentía rabia. Se había asesinado en vida. Se sentía espiritualmente en el transtierro, al no encontrar la paz entre esos hombres que le negaban. Pequeñas cobardías que le habían herido, que le daban una imagen siniestra de ese mundo al que ahora clamaba venganza. Pablo sabía que esas voces no se dejaban oír, no se oían nunca. "La rebelión contra la baja-za está en uno mismo", solía decirse muchas veces, pero su espíri-

tu, débil ya, escapaba de todo posible enfrentamiento que pudiera liberarle, redimirle. Parecía como si el destino, inexorable, le precipitara al suicidio. Debilidad del débil que pasa el tiempo sobre la tierra turbado en su soledad incomprendida por el fuerte, que no sabe de sollozos y tristezas, de desdichas y afanes. Pablo se revolvió sobre la cama y lloró. ¿Qué había pasado en esta extraña mañana que la muerte lo despertó? ¿Aviso? ¿Presagio? Decidió, inesperadamente, espantar el fantasma de las tinieblas, romper el vacío de los abismos que le habían llevado a la desesperación. Se vistió rápidamente y se echó a la calle dispuesto a vencer. ¡No más marginados!, gritaba al paso entre la gente que lo miraba sin comprender...